

¿Qué iba á hacer, ó cómo debía tratar á aquella mujer diabólicamente hermosa?

—Vamos, Chucha, hábleme francamente. ¿Quién la manda á vd. aquí, y con qué objeto?.....

Por toda respuesta soltó ella una carcajada burlona.

—¡Con qué objeto!..... ¡con qué objeto! Dice vd. bien, con ninguno!.....—dijo, y volvió á reir de una manera que ofendió á esta especie de nuevo *José*.

—Cuando acabe vd.—añadió—me hará favor de golpear la mesa para que venga yo por esto. *Lo* estoy molestando demasiado y me retiro.

Y al decir esto, su cara expresaba un soberano desden.

Se levantó y dió tal vuelta, que al volar el traje ténue y vaporoso en extremo, pudo nuestro jóven saber de qué color usaba las ligas aquella mujer.

Aquello era grave para Antonio.

Sus pasiones juveniles se hallaban adormecidas, si se quiere, pero no muertas.

Y aquellos encantos tan baratos, tan «á su alcance,» podían provocarle, en su vida de idealista, á un paréntesis de «sangre y fuego.»

Por una razon que bien podremos atribuir á la *naturaleza de las cosas* tanto como á *las cosas de la naturaleza*, podremos tambien asegurar que aquellas ligas que sujetaban las *inmaculadas* médias de aquella *cuzca*,* pudieron desde luego haber ligado á Antonio á cualquier *disparate*.

Se levantó, como hemos indicado, con el ánimo deliberado de *retirarse*, ó por lo menos de aparentar que se *retiraba*.

La nube de exquisito aroma con que al agitarse parándose habia envuelto á Antonio, le aturdió, haciéndole pensar en todo su pasado.

* Ramera.

Piedad usaba no sabemos qué perfumes que podremos llamar simplemente «regulares.»

Eugenia usaba el *Kiss me quikly*, que podia, por cierto, calificarse de un perfume (permitídnoslo) peculiar, personal: únicamente suyo.

Antonio se habia habituado á decir con cierta frecuencia, —«Huele á Piedad.»

Y alguna que otra vez:

—«Huele á Eugenia.»

Aquella mujer, aquella maga enervadora de los sentidos, no olia á ninguna de ambas, pero *olia*.

Lo jóven se habia acercado á la *mampara* que comunicaba con las piezas interiores.

Al entreabrirla se volvió hácia Antonio, imprimiendo á su cuello y á su cintura una flexibilidad tan blanda y tan provocativa, que Antonio volvió, como quien dice:

«Del cielo á la tierra.»

O como diríamos nosotros:

«Del Olimpo al cielo.»

Poca es la diferencia:

El Olimpo es el cielo fisico;

El cielo es el Olimpo moral.

—¿Nada se le ofrece á vd.?—preguntó aquella fatal sirena, con unos tonos de voz que bien pudieron tomarse por unos caprichos melódicos «á flauta.»

—¡Nada, señora!—contestó Antonio poniéndole una cara terrible, y revistiéndose de la austeridad de un San Gerónimo, si es que á San Gerónimo le hubiese ocurrido bajar á ponerse en lugar de Antonio durante los tres cuartos de hora de aquella noche *de tentacion*.

La muchacha se quedó suspensa y como sin atreverse á entrar definitivamente.

Antonio se quedó mirándola con la faz airada, el entrecejo fruncido, la actitud amenazante.

Al pasar ella entre el marco y la mampara apenas entrea-bierta, la *crinolina* se levantó y volvieron á aparecer á los ojos de Antonio los piés grandes pero simpáticos, las piernas delgadas, pero redondas y atractivas, y los *cándidos* «porabajos» de aquel encantador demonio.

— ¡Hasta luego! — dijo ella con la misma voz acariciadora y levantándose el vestido como si fuese á pasar un cañío.

— ¡Hasta mañana, Chucha ó diablo — murmuró él, excitado hasta el extremo, no sabemos si de impaciencia ó de deseo.

El seno, los piés, el último giron del vestido claro de aquella *pecadora*, fueron desapareciendo muy poco á poco.

Antonio fué mirándolos perderse *sin pestañear*.

En seguida «desabotonó» su chaleco, en el cual resonaron algunas monedas «de ambos preciosos metales.»

Acto continuo llevó sus manos á la cabeza y las perdió entre sus cabellos, como si metiera los dedos para buscarse ideas.

En seguida se puso á hojear su manuscrito, preguntándose:

— ¿En qué iba yo?.....

Y como por via de contestacion, oyó en la pieza inmediata una voz dulcísima, un acento *aterciopelado*, vibrante, fácil y expresivo, espiritual y lúbrico, trémulo y enérgico, que decía esta cancion:

Sentir nuestra sangre arder en las venas
Y el pecho afanoso con fuerza latir;
Sentir unos brazos por blandas cadenas,
Eso, ángel querido, se llama vivir.
Oír de su amante el trémulo acento,
Que suena mas dulce que el aura al gemir,
Mirar cuál palpita su seno violento,
Eso, ángel querido, se llama vivir!....

Posar en sus labios los labios ardientes
Y en mágico beso sentirse morir,
Unidos los pechos, unidas las frentes,
Eso, ángel querido, se llama vivir.
Sentir que los ojos se cierran á impulso
De insólito goce que el alma va á henchir,
Sentirse embriagado, sentirse convulso,
Eso, ángel querido, se llama vivir!....
Sentir unos sueltos, sedosos cabellos,
Rozar las megillas y suaves bullir
Al cálido soplo que vaga entre ellos,
¡Eso, ángel querido, se llama sentir!....
En dulces deliquios perder la memoria
Y oír un — «¡yo te amo!» — que el pecho va á herir,
¡Eso, ángel querido, se llama la gloria!
¡Eso, ángel de amores, se llama sentir!....

Antonio apuró aquel canto como un filtro.

El veneno empezaba á ejercer toda su influencia de un modo eficaz y resuelto.

Parecia que le acababan de arrebatarse de entre las manos el manuscrito.

Mentalmente seguia.

Aquellas estrofas de *Emilio Rey*, al mismo tiempo voluptuosas que espirituales, fueron la perla de Cleopatra, disuelta en la copa del amor, que aquella mujer presentaba á aquel hombre en nombre del término medio.....

Es decir, en nombre del amor mismo, tal cual puede y debe considerarse el amor en este pobre planeta habitado por *Nos* los pobres hombres. Antonio habia olvidado que aun no venia la muerte á divorciar en él á estos dos sublimes esposos que en el mundo se llaman *el alma y el cuerpo*.

Y que si era muy bello ser ángel, era muy grande, muy necesario ser hombre.

Las virtudes de Antonio se le convertían en vicios á ojos vistas.

No había duda.

Era preciso, absolutamente indispensable amar con todo, por todo y para todo.

Vió hácia sus pasiones nobles, pero estériles, como se ve hácia la cara pálida, enfermiza y repulsiva de un remordimiento.

Recordó el proverbio persa:

«Plantarás un árbol, tendrás un hijo, escribirás un libro....»

—¿Y yo? se dijo. ¡Nada! ¡Nada! ¡Nada!.....

Y quiso seguir su manuscrito.

Pero su manuscrito era mas moral que físico, y al volver hácia él la vista, los negros caracteres se le rebotaron confusos como los gusarapos en un vaso de agua, tomado antes de que el agua se asiente.....

—¡Ah!..... ¡Comprendo! ¡Comprendo! se dijo. Es que yo no debería escribir sino hasta el siglo XX.

«El siglo XIX procura el tanto por ciento para que el siglo XX lo emplee en libros y en saber.».....

CII.

¡Pobrecita muchacha!

Acaso está *ignificada* por mí.....

Pero no tiene *trato*.

¡Ya se vé! Es una pobre.

Las muchachas pobres están condenadas á no tener trato.

Para tenerle, se necesita tener audacia ó dinero;

En México por lo menos.

¡Qué sé yo si en todas partes!.....

Y se representaban muy al vivo en la imaginación de Antonio los ojos de Chucha, la cintura de Chucha, su seno, que hubieran copiado Cánova ó Chaplain, su aire lánguido y desmayado que hubiera prestado un modelo á Temmerani para su Psiquis, y sus piés que hubieran hecho incurrir en una injusticia á los viejos *amateurs* del Areópago.

—¡Oh belleza, belleza! pensó y casi murmuró. ¡Tú me has de conducir al cielo..... ó al infierno!.....

CIII.

La canción había cesado.

El reloj de una torre inmediata había *dado* la media de las cuatro de la mañana.

La luz artificial de aquel salón empezaba á agonizar, amenazando sombras.

—¡Oh!..... ¡Soy un estúpido! gritó Antonio medio loco. Soy un bárbaro..... un imbécil..... ¡Chucha! ¡Chucha, hija mía!..... ¡Ven, linda; ven, paloma; ven, buitre; ven!.....

La mampara volvió á abrirse repentinamente y apareció la muchacha, mas bella, mas seductora, irresistible.

—¿Qué se le ofrece á vd., señor mio? gritó corriendo á enlazar con sus brazos el cuello sudoroso de Antonio.

—¡Que vengas!..... ¡Que me abracés y me beses!..... que no me dejes solo!.....

La muchacha soltó una carcajada soberana, se precipitó hácia Antonio, y fué á inundar de miel, de púrpura y de fuego los labios ardientes del asombrado solitario.....

Aquel beso inefable, aquel dulcísimo estallido de placer,

ahogó el rumor que producía el ángel del pudor al romper, llorando, sus blancos crespones.....

Esa noche se suspendió el manuscrito de Antonio.

También sus lágrimas.

Todo se suspendió.

Se había *dado al diablo* y el diablo venía á llevarlo.

La madrugada siguiente le parecía muy triste, nublada, como si hubiese llorado.

Caso raro:

No se acordó de Piedad. Solo de Eugenia.

— ¡Qué diría si supiera!..... pensó lleno de sentimiento.

Y al amanecer se retiró á su casa disgustado, melancólico, lleno de tedio.

— *Pues señor.....* ¡Ya descendimos! dijo al entrar. Solo nos falta contraer el hábito del vicio.

Para la sociedad ni aun esto me falta..... Sin duda. Nunca podrá explicarse la sociedad, por qué un hombre como yo *anda en estas fachas* sin suponer desde luego que sea vicioso ó *flojo*.

No es remoto que yo tenga enemigos y detractores.

Todo el mundo los tiene.

Y yo estoy muy expuesto á caer.

Sí, porque la sociedad, lejos de abrimme sus brazos, me manda á empellones hasta el abismo.

¡Qué dirán todos de mí!

¡Pobre muchacho! pensarán. ¡Le mató su mala cabeza!

Y con decir estas palabras, la sociedad habrá cumplido.

Pero Eugenia pensará lo mismo, y esto sí es insoportable.

La sociedad me inspira desprecio y aversion, no me importan los dichos de los hombres.

¡Pero Eugenia, tan linda, tan elegante, tan simpática!

¡Eugenia, que me habla tan directamente al corazon!

Será preciso ser un poco menos filósofo.

Soy un tratado de filosofía escrito en un tomo.

Pero este tomo está demasiado usado, desencuadernado y sucio para que nadie me lea.

Y así no puedo ir á dar á aquellas manecitas.

¡Oh, imposible!.....

La filosofía es el amor de la verdad.

En esto están todos de acuerdo.

Todos, sin duda alguna, hasta las mujeres.

Pero para estas, es evidentemente preferible amar á la verdad desnuda y no sucia.

Es preferible mil veces la mentira limpia.

No soy yo quien ha de reformar el mundo, y mucho menos á las mujeres.

Es cosa probada.....

Y Antonio empezó á desnudarse para entrar en la cama, cuando abrió Máximo la puerta de la recámara y le dijo:

— «Ahí te han traído desde ayer esos papeles.»

Sobre el bureau habia un paquete sellado y dirigido á Antonio.

Era un grande *cartapacio* dentro de un gran *sobre*.

Papel inglés, gran sello rojo, armas, etc.

Aquella enorme carta *rotulada á él* con enormes caracteres franceses, le llamó primero la atencion y le hizo despues pensar esto:

«No es para mí.»

— Sin duda hay una equivocacion, dijo á Máximo, que esperaba parado y ya con el sombrero puesto á ver lo que era aquello.

— Pero en fin, ábrelo en todo caso.

— Eso es.

Y rompió el sobre.

Brotaron de allí honores, invitaciones, oro, posicion!.....

—¡Qué es esto, Dios mio! dijo Antonio al ver aquellos papeles.

Era mucho y era nada.

Eran una verdad y un sarcasmo.

Una realidad y una ilusion.....

Venia guardado allí todo un antítesis. Una verdadera contradiccion, un absurdo de oro y esmalte, otro absurdo de papel.....

Al ver lo que aquello era, quedaron Máximo y Antonio aturcidos.

Aquello era demasiado.

Si les hubiese ocurrido exclamar profiriendo alguna palabra, probablemente hubieran ambos prorumpido en esta:

¡Jesucristo!

O bien en esta otra:

«¡Santa Madre de Dios!»

Pero quedaron silenciosos, aunque es verdad que estupefactos.

Máximo al ver aquellos papeles no pudo reprimir un acceso de mal humor.

Antonio se acercó bien á la vela, que aun ardía durante la prolongacion hasta la madrugada, y no obstante que aquel dormitorio estaba lleno de la atmósfera rosada de la mañana, se *pegó* á la luz artificial y se afirmó sus antiparras en la nariz del mismo modo que suele un ginete afirmarse en su caballo.

Era la miseria decente, emanada del exclusivismo en la idea, y coronada como un mártir, pero de papel y oro, por manos de un extranjero.

Antonio rió loca, desesperadamente de aquello, porque aquello era un amargo absurdo.

Y le dolió el corazon, porque era un absurdo amargo.

Se le llamaba al dinero, al honor, casi á la felicidad.

¡Pero era un aleman quien llamaba á Antonio!

Se le brindaba con un «mañana» seductor, y el «mañana» estaba formulado en prosa y verso.

Se le decia indirectamente que se le comprendia.

Que iba á premiársele por no sabemos qué, pero se le *premiaba*.

Habia besado llorando y durante diez años la cruz del martirio en el colegio.

Para el rector, nunca fué otra cosa Antonio que un muchacho medio loco y medio *calavera*.

Antonio en el colegio tenia que trabajar y que estudiar.

Trabajaba fácilmente:

Estudiaba con dificultad.

Halló en aquel establecimiento pan y abrigo, mediante el sudor de su rostro.

Pero uno de los sueños de Antonio fué este:

Que la mitad del mundo está obligado á *tender la mano* á la otra mitad.

Y siempre habia estado atento á las manos del señor Rector.

El señor Rector solia tenderle uno que otro dedo.

De los dedos del señor Rector nunca pudieron desprenderse para aquel desgraciado que aventuraba su posicion en aras de su *abnegacion*, mas que *unas que otras* gotas de oro ó de plata.

Pero Antonio confiaba en el porvenir del señor Rector, quien por otra parte le trataba de un modo suavísimo.

El señor Rector era un hombre de *porvenir*, porque era un hombre de tacto.

Un grande hombre, en fin, de ojos azules y tranquilos como dos remansos, pero profundos é insondables como dos precipicios.